

cadores y no excitar sospecha á los hijos favoritos del aire.

En cuanto tiran, vuelven á esconder rápidamente el arma para que las aves que estén lejos y se asusten al oír el tiro no tengan tiempo de apercibirse de quién es y dónde está el culpable. Éste no se detiene jamás ni espera á que el perro cobre la pieza, pues, si no, es hombre perdido, huyendo la caza de él como se huye á la aparición de la peste.

Algunos cazadores, después de matar el pájaro, lo entierran en la arena con las alas abiertas como si estuviese cogido en una trampa pugnando por desahucarse del lazo, y retíranse después á 50 ó 70 metros de distancia. Los individuos de la especie que vuelan por los alrededores van á ver lo que sucede á su camarada, aprovechándose el hombre de aquella curiosidad tan

intempestiva para llenar el morral á sus anchas. Este sistema tiene el inconveniente de que se necesita andar mucho, porque una vez recogido el botín no vuelven las aves al mismo sitio, y es preciso recorrer algunos kilómetros si se quiere jugarles de nuevo la mala pasada.

Los pájaros que caen en estos momentos en el canal de la Mancha son las gaviotas blancas, las urracas grises, las alóndras marinas y las cercetas, cuya carne preparan muy bien en el país, en una salsa cuyo ingrediente principal es el zumo de la naranja agria.

Verdad es que los cazadores atrapan sendos constipados y alguno que otro romadizo; pero ¿qué importa el dolor físico al lado de la satisfacción moral de poder decir: «Hoy he privado de ochenta ó cien habitantes á los extensos dominios del espacio?»



## CAPITULO XXX

### LA CAZA DE LA PERDIZ

I



ue la clásica caza de la perdiz, que vamos á describir, es el encanto de la generación presente, como fué la diversión favorita de nuestros abuelos, no admite ningún género de duda.

Las delicias de estas salidas antes de apuntar el día, cuando aun no se han extin-

guido los rumores de la noche, teniendo al lado al fiel can que brinca y salta, mirando á su amo con estos ojazos brillantes y significativos, han sido contadas en prosa y verso y en todos idiomas.

En la escena venatoria asoma en primer término la sabrosa perdiz común ó vulgar, la *perdrix cinerea* de Latham. El ser tan conocida nos ahorra hacer su propia descripción. Basta, pues, decir que el macho se

distingue por su canto más fuerte, por el espolón obtuso de sus patas y por la marca de castaño oscuro que, á guisa de forma de herradura, ostenta en la pechuga.

Los polluelos se distinguen de las perdices viejas en la última pluma del ala, que es puntiaguda en vez de redonda, y en sus patas amarillas, que blanqueándose en el segundo año conservan la señal amarilla en la punta del pie.

Hé aquí, ahora, unas cuantas estrofas de un cazador cantando los amores de la perdiz y los preparativos de la caza que apellidan los castellanos *del pájaro* (1).

Antes que el monte y el prado  
esmalte Abril con sus flores,  
de perfumes y colores  
prodigio siempre admirado;

(1) *La caza del pájaro*, por D. Balbino Jiménez y Alarcón.

y antes que Marzo las puertas  
y ánforas equinocciales  
á lluvias y vendabales  
de par en par deje abiertas;  
ya Febrerillo brumoso,  
notado por su locura,  
va despojando á Natura  
del triste invernal reposo.

En él, y no en San Antón  
según adagio infeliz,  
es cuando cada perdiz  
se une á su perdigón.

Desposorios inocentes,  
renovados cada un año,  
que concitan en su daño  
el interés de las gentes,  
y que con lenguas parleras  
pregonan los gorriones,  
á guisa de moniciones,  
en sus ruidosas quimeras.

Entonces, sin más aviso,  
la pléyade cazadora  
solicita en una hora  
disponer cuanto es preciso.

Desplégase grande esmero  
en limpiar las escopetas,  
y las que suelen dar prietas  
van á casa del armero.

Hay que prevenir el caso  
de errar tiros. ¡Buena fuera  
que al pollo en caza primera  
le ocurriese tal fracaso!

Esto, nunca perdonable  
aun con los pájaros buenos,  
cuando se trata de estrenos  
es indigno, detestable.

La discusión de sistemas  
de armas de seguridad  
reviste la gravedad  
de formidables problemas.

Se deciden, ya se ve,  
los más, en la competencia,  
por dar toda preferencia  
al sistema Lefauchaux.

Mas hay quien impertinente  
riñe tremendas batallas  
en pro de las antiguallas  
y en odio de lo presente.

Y algún vejete se avispa  
porque lo embroman de intento.

y dice que no hay invento  
superior al de la chispa.

La pólvora ¡con qué ardor  
se demanda y solicita!  
¡Oh! como sea exquisita,  
nada importa su valor.

Todos elogián la inglesa:  
¡dichoso el que obtiene un frasco!  
¿La española? esa es un asco:  
menos mal la portuguesa.

Al fin, y previo soleo  
que evapore la humedad,  
compran de casualidad  
la que se vende, y *laus Deo*.

¿Crearás que quien bien escoja,  
lector, adelanta mucho?  
Pues no hay tal, y el menos ducho  
comprende esta paradoja:

Porque el que tira y no mata,  
aun el de genio tremendo,  
calma su bilis diciendo:  
—La pólvora no remata.—

Los pájaros enjaulados  
quizá en el profundo olvido,  
son al tiempo requerido  
objeto de mil cuidados.

Se les pone mucho al sol,  
córtales alas y colas,  
y les pican escarolas,  
lechuguino y ababol.

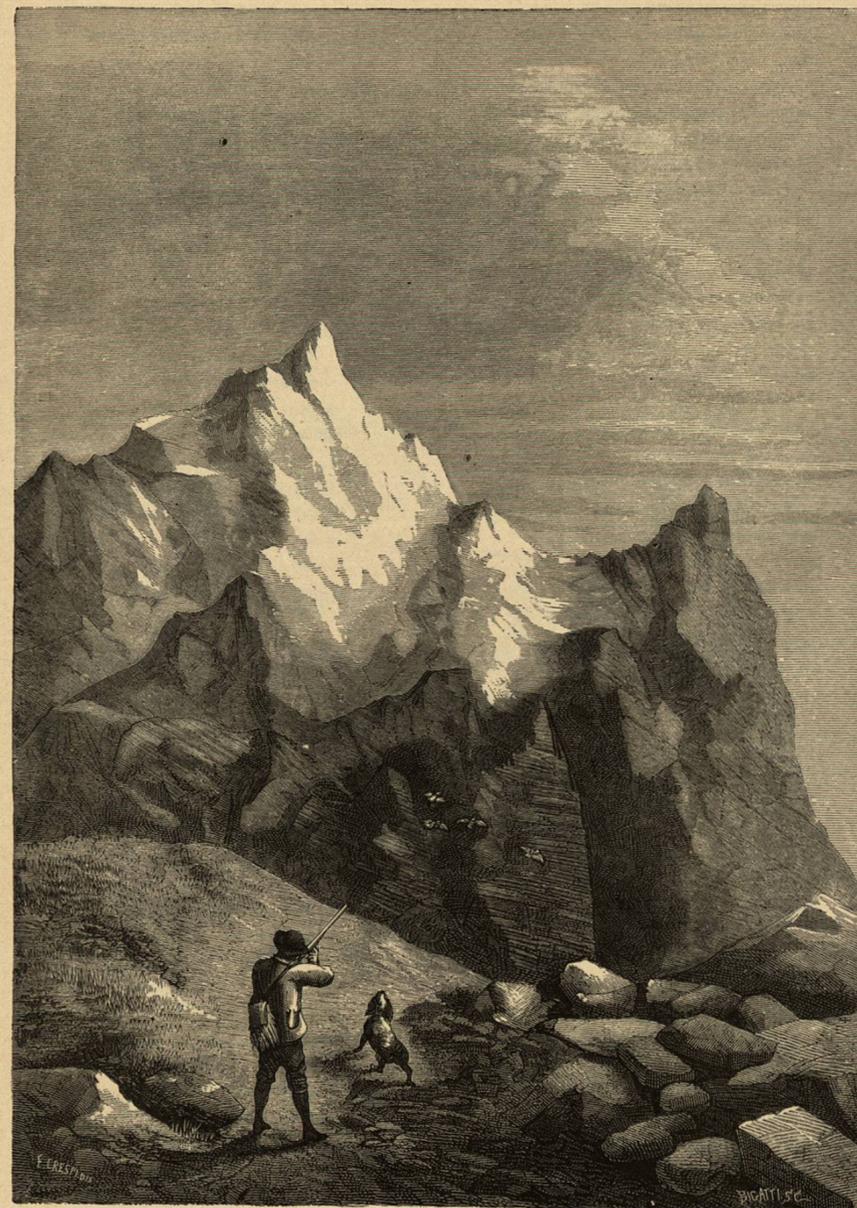
Con tales embregos solos  
no terminan las faenas:  
aun les resta por docenas  
que arreglar los chirimbolos.

Donde quiera se ve un hombre  
construyendo suelecillos  
y mantillas ó capillos,  
sayuelas por otro nombre.

Los ganchos y cordeletes  
revisar es condición  
casi tan *sine qua non*  
como afilar los hocetes.

Y en toda esta baraúnda  
de nimias ocupaciones,  
sobre las que de ilusiones  
un marmágnun se funda;

desde Creus á Finisterre,  
de Gades á Santander,  
disfrútase igual placer  
con el mismo erre que erre.



La caza de perdices en el monte

En la esencia verdadera de esa general porfía, que calificar podría de cruzada perdiguera, claro está que un pensamiento común á todos envuelve, y que en buscar se resuelve plácido entretenimiento.

Tiene esta regla, no obstante, su excepción cual otras varias, pues algunos rinden parias al instinto comerciante.

Personas poco felices en su estado financiero llevan por norte el dinero al amaestrar perdices.

Y si consiguen sacar algún buen reclamo macho, explotan al más ricacho cazador de su lugar.

No es decir que se limita esta industria al vecindario; procuran, por el contrario, hacerla cosmopolita.

En cada pueblo, eso sí, consérvase la memoria de una peregrina historia, que suele narrarse así:

«Tuvo el tío Palomares pájaro tan excelente, que en un puesto solamente le tiraron veinte pares.

»Súpolo don Juan Gorgojo, persona de gran fortuna, y para pagar ninguna mejor cualesquier antojo.

»Y acabado de probar el bicho (testigo yo), al dueño por él le dió D. Juan un buen olivar.

»Item más, como regalo ó adheala (yo testigo), largó tres cargas de trigo y una de aceite al tío Palo.»

Ya se ve: con historietas de un sabor tan suculento, tienen sobrado argumento para perder las chavetas.

Ellos saben cómo y cuándo deben manejar la trama

para una envidiable fama de perdigón ir labrando:

Que no se cogen las truchas... etcétera, y el asunto exige atildado punto é incomodidades muchas.

Con grave ostentoso alarde de inteligencia y trabajo, hacen puestos á destajo por la mañana y la tarde.

Al público en pos trasmiten la nota de operaciones, salvo *leves* variaciones que en buena ley se permiten; entre las que, patarata disculpable, por supuesto, suelen referir á un puesto la caza que en diez se mata.

Y lo entienden, no lo dudo, hable en contrario quien hable, porque nada hay comparable á un puesto morrocotudo.

No es lo menos importante que el pájaro predilecto lleve algún nombre selecto, expresivo y retumbante; si bien por aqueste lado no cede en gusto ni esmero al positivo mercero el purista aficionado.

Unos y otros, eruditos se muestran en competencia, y al efecto invocan ciencia, artes, historias y mitos.

Quien, después de cien ensayos, hace á Licurgo y á Sócrates, á Temístocles é Hipócrates, de sus pájaros tocayos; cual, por visible alusión á la clásica oratoria, les llama por mayor gloria *Demóstenes, Cicerón;*

cual, *Apolo, Arión, Orfeo,* genios de armonía ricos, pues sostiene que en los picos sólo hay música ó gorjeo; cual otro que, de su tropa mal contento, los bautiza con los nombres de *Witiza,* de *Dolfos* y de *Don Oppa...*

Pero la nomenclatura más usual y corriente nace de algún accidente de lugar ó de estructura.

*Zancón,* verbigracia, *Enano,* *Alhambreo* y *Almendro,* motes son que en general se tienen muy á la mano.

Hay, en fin, confirmaciones, como las de *Cojo* y *Tuerto,* que acusan el desacierto de principiantes chambones.

Trascurridos ya los días de gratos preparativos y dulces aperitivos de locuaces chucherías,



El momento psicológico

cada *quisque* se da maña, bebiendo ansioso los vientos, para hallar los complementos á sus planes de campaña.

No tienen tácticas fijas: en el rico y el mediano y en el modesto artesano de su peculio son hijas.

Así, mientras el primero, y aun el segundo, con él van por brioso corcel tirados al cazadero;

ó establecen residencia en habitación campestre, donde regalada muestre su prestigio la opulencia;

el pobre arrostra fatigas cargado con el petate, aunque de ordinario mate en compensación... hormigas.

Mas, para decir verdad, como el trabajo endurece los huesos, y fortalece una docta sobriedad;

ni teme las turbonadas, ni le arredra el fuerte viento, ni los paseos sin cuento, ni las frescas alboradas.

Y el que se lanza al palenque de tales prendas armado, lleva mucho adelantado sobre el señorito enclenque.